

*Derrota naval de los romanos en Lilibeo. – Evitan éstos dos batallas. – Pérdida de sus escuadras.*

Dicha batalla colmó de honores a Adérbal entre los cartagineses, ya que a él solo y a su singular capacidad y espíritu se debió el acierto: y a Claudio cubrió de infamia y de ignominia entre los romanos, puesto que había manejado el lance con temeridad e imprudencia, y por su causa amenazaban a Roma grandes infortunios. Por lo cual, condenado a graves multas, sufrió infinitos trabajos. En medio de estas vicisitudes, la emulación romana por el sumo imperio en nada desistía de su propósito, más bien tomaba con más empeño la continuación de la guerra. Más tarde, cuando se acercó el tiempo de las elecciones y se nombraron cónsules sucesores (año -249), se envió sobre la marcha a L. Junio, uno de ellos, para proveer de trigo, víveres y demás provisiones al ejército que sitiaba a Lilibeo, equipando para su conducción sesenta navíos. Cuando llegó el cónsul a Mesina, se le incorporaron los buques que el ejército y el resto de Sicilia le habían enviado, y se dirigió sin dilación a Siracusa con ciento veinte navíos de guerra y cerca de ochocientos de transporte. Aquí entregó a los magistrados la mitad de éstos y algunos de aquéllos, con orden de enviar cuanto antes al ejército lo necesario. Él permaneció en Siracusa para aguardar las embarcaciones que no habían podido seguirle desde Mesina, y recibir los granos con que contribuían los aliados del riñón de Sicilia.

Al mismo tiempo Adérbal remitió a Cartago los prisioneros que había hecho en la batalla naval y los navíos apresados. Después entregó a Cartalón, otro de los comandantes, treinta navíos, a más de los setenta con que había venido, y le destacó con orden de que, cayendo de improviso sobre la escuadra enemiga, fondeada en Lilibeo, se apoderase de los buques que pudiese y a los demás les prendiese fuego. Cartalón se encarga de la comisión, sale al amanecer y con la quema de unos y presa de otros pone en gran confusión el campo de los romanos. El alboroto que éstos provocaron al acudir al socorro de sus navíos puso en expectativa a

Imilcón, gobernador de Lilibeo, y cerciorándose después de lo ocurrido a la luz del día, destaca allá las tropas extranjeras de la ciudad. Grande fue la consternación de los romanos al ver el peligro que les amenazaba por todas partes.

El jefe de escuadra cartaginés, apresados algunos cuantos navíos y destrozados otros, sale poco después de Lilibeo hacia Heraclea, y se pone a la expectativa para impedir que la escuadra enemiga abordase el campo. Informado por los exploradores de que se avistaba y acercaba un gran número de buques de toda clase, menospreciando a los romanos por la victoria anterior, se dirige sin dilación a presentarles batalla. Lo mismo los barcos que se acostumbra destacar a la descubierta dieron parte a los magistrados enviados por delante desde Siracusa de la proximidad del enemigo. La reflexión de que no se hallaban en estado de aventurar una batalla les hizo guarecerse en una pequeña ciudad de su señorío, sin puerto, mas con unas enseñadas y cómodos promontorios, que avanzándose desde la tierra, cerraban un intervalo. Aquí desembarcaron, y situados las catapultas y pedreros que sacaron de la ciudad, esperaron la venida de los contrarios. Apenas llegaron los cartagineses, intentaron sitiarles, creídos de que, atemorizados los romanos, se retirarían al pueblo y se apoderarían sin riesgo de sus navíos. Pero fallaron sus esperanzas. Los romanos se defendieron con espíritu; por lo cual, apresados algunos barcos cargados de víveres, la demasiada incomodidad del sitio les obligó a retirarse a cierto río, donde, fondeados, observaban la ruta de los contrarios.

El cónsul, después que hubo evacuado la comisión que le había detenido en Siracusa, doblado el cabo Paquino, navegaba hacia Lilibeo, sin noticia alguna de lo ocurrido a los que iban delante. El jefe de escuadra cartaginés, informado por sus exploradores por segunda vez de que se avistaba el enemigo, se hace a la vela prontamente, con el designio de darle la batalla mientras se hallaba tan distante de los demás navíos. Junio, que había visto a larga distancia la flota cartaginesa y el número de sus buques, sin ánimo para batirse ni facultad para huir por la inmediatez del enemigo, gira hacia unos lugares ásperos y nada seguros y fondea en ellos, prefiriendo correr cualquier riesgo antes que entregar su armada intacta al enemigo. A la vista de esto, Cartalón no quiso ni batirse ni arrimarse a semejante sitio; se apoderó sí de cierto cabo, ancló en él y, puesto a la expectativa entre las armadas, inspeccionaba los movimientos de una y otra.

Se aproximaba seguramente una tempestad, y el mar barruntaba una total revolución, cuando los pilotos cartagineses, hombres prácticos en aquellos mares y en su oficio, previendo lo futuro, se dieron cuenta del peligro y persuadieron a Cartalón que evitase la tempestad y doblase el cabo Paquino. Éste asiente con prudencia a su parecer; y los pilotos, a costa de infinitas fatigas, doblan por último el cabo y ponen su armada a cubierto. Descargó, al fin, la tempestad y las dos escuadras romanas, carentes de todo abrigo, fueron tan cruelmente maltratadas, que no quedó siquiera un fragmento naval de que poder hacer uso, y una y otra fueron completamente destrozadas, contra lo que se esperaba.